



**CANCION GRACIOSA**  
 DE  
**LA LINDA ZAGALA.**

Junto á un arroyuelo  
 á una zagala ví,  
 y al contemplar su gracia  
 todo me sorprendí.  
 Al ruido que yo hice  
 al acercarme allí,  
 muy asustada dice:  
 ¡ay de mí! ¡ay de mí!

Al verla tan graciosa,  
 tan llena de beldad,  
 la dije yo: mi diosa,  
 ¿te has sosegado ya?

Estaba entretenida  
 regando su vergel,

y al verse sorprendida  
 la asusté, la asusté.

Por fin me acerqué á ella,  
 de un brazo la cogí;  
 me mira y se sonríe  
 llena de gracias mil.

— Tú has de ser mi amada  
 con un amor sin fin;  
 ella respondió entonces:  
 eso sí, eso sí.

De una mano la tomo  
 y ella dice temblando:  
 tanto me aprieta usted,  
 que me hace mucho daño.



La dije: pastorcita,  
háblame sin temor,  
¿me quieres? y responde:  
si señor, si señor.

Frente de mí sentada  
risueña me miró,  
y dice sosegada:  
¡ay amor! ¡ay amor!

Me puse á obsequiarla  
con flores á escoger;  
de rosas encarnadas  
le parecieron bien.

La hice un ramillete,  
y al írselo á prender,  
muy graciosa me dice:  
prenda usted, prenda usted.

Sin duda que turbado  
no se lo prendí bien;  
se le cayó en el suelo  
y yo se lo alcancé.

Pero al verificarlo  
la tropecé en el pie,  
y sonrojada dice:  
¡ay qué malo es usted!

La dije en este caso;  
ha sido sin pensar;  
la convenzo, y se cree  
que fué casualidad.

A un sitio retirado  
que desde allí se vé,  
la convidó, y me dice:  
¿para qué? ¿para qué?

Después de convidarla  
con fina voluntad,  
dos mil gracias me daba  
con afabilidad.

En fin, agradecida  
y llena de placer,  
dice: tengo mi vida  
para usted, para usted.

Preguntando la digo  
con gran suavidad:  
¿para quién has nacido,  
bellísima deidad?

Dime, claro lucero,  
gracioso alelí:  
y ella respondió luego:  
para tí, para tí.

Sobre la verde alfombra  
se sienta, y con rubor,  
cuanto mas la miraba  
mejor me pareció.

Sus mejillas preciosas  
exaltaban mi amor,  
y yo entre mí decía:  
¡ay pasión! ¡ay pasión!

No te vayas, bien mio,  
no me abandones, no,  
atiende á mis fatigas,  
que por tí sufro yo.

Mira que mi alvedrío  
á tí ya se rindió:  
y ella luego me dice:  
no te olvidaré, no.

Adios, linda zagala,  
que fiel te conocí,  
triste y desconsolado  
ya me ausento de tí.

Los dos nos despedimos  
dando muestras de amor,  
y á una nos dijimos:  
adios, adios, adios.

R. 22.491